

Los palestinos en Tel-Aviv

ROBERTO MESA

AUNQUE sólo ha sido por unas horas, los palestinos han herido el corazón mismo de Israel. El pasado día 5 de marzo, un grupo de fedayins asaltó el Hotel Savoy de Jerusalén, en Tel Aviv. Como es ya habitual, poco después, tras una ficción negociadora, las autoridades israelíes se responsabilizaban de la muerte de todos los asaltantes, menos uno, y de buena parte de sus rehenes. El Comando Yussef Najjar, que así se llamaban sus componentes, había elegido su denominación del nombre de uno de los tres mártires palestinos que, precisamente, murieron el 10 de abril de 1973, en Beirut como consecuencia, esta vez, de una acción terrorista israelí; junto a él, murieron otros dos hombres clave de la Resistencia palestina; Yussef Najjar preconizaba una posición moderada en el seno del movimiento armado palestino.

La acción de Tel Aviv pone nuevamente sobre el tapete de la discusión del tema de Oriente Medio el hecho del terrorismo. Para emitir un juicio consecuente, no apasionado sino político, es conveniente recordar que el terrorismo fue exactamente la base sobre la que se forjaron los cimientos del actual Estado de Israel. El nombre de Deir Yassin sigue siendo poco conocido del lector europeo, escasamente in-



formado o muy propicio al olvido. El día 9 de abril de 1948, un mes antes de la proclamación del Estado de Israel, el grupo paramilitar judío Irgún asolaba el poblado árabe de este nombre, causando la muerte de trescientas personas, entre ancianos, mujeres y niños. El terrorismo es una constante casi ideológica del hecho israelí. No se utilizó solamente para expulsar a los palestinos de su patria, sino que se continúa ejerciendo sobre los que se quedaron y también sobre los árabes que, desde las continuas guerras y, sobre todo, la de junio de 1967, habitan los territorios ocupados por la fuerza por Israel; por la fuerza, ya que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas conmina periódica e infructuosamente al Gobierno de Jerusalén a que devuelva el botín de guerra, la tierra, a sus

legítimos propietarios. Son ya cerca de dos millones de palestinos los que viven fuera de su patria a causa del genocidio israelí.

Esta es la génesis del Estado de Israel. Por ello, hablar de terrorismo en Oriente Medio es mencionar una de las armas políticas usadas diariamente por los combatientes enfrentados en un combate sin salida aparente. Por ello, también, ahora los palestinos esperan que les sea devuelto el golpe y que sean castigados algunos de los campos de refugiados del sur de El Líbano o que la represalia llegue hasta el mismo Beirut.

Pero, volviendo al incidente acaecido en el Hotel Savoy de Tel Aviv, también es útil para una mejor comprensión del suceso situarlo en su contexto político. Por una parte, los palestinos perseguían la liberación del obispo cristiano monseñor Capucci, así como la de un grupo de palestinos encarcelados igualmente por las autoridades de Israel. Esta sería una primera aproximación. Pero hay otra, más profunda y aún más importante por su objetivo netamente político.

La diplomacia americana, dirigida por H. Kissinger, el mago de las soluciones provisio-

nales, trabaja profundamente en la zona desde la guerra israelo-árabe de octubre de 1973. Su objetivo, desde un primer momento, ha sido inequívoca: fraccionar el frente árabe y conducir a sus Estados más interesados a un entendimiento con Israel. Se persigue, nada más y nada menos, que obtener a cambio de unas mínimas cesiones territoriales el reconocimiento por parte de algunos Gobiernos árabes del Estado de Israel. En esta operación, Jerusalén sólo ofrece la devolución de parte de los territorios ocupados en una guerra injusta. Estamos, como ya sucedió en Vietnam, ante lo que se ha dado en llamar muy gráficamente «una prima a la agresión». Israel entregaría y no totalmente algo de lo que no puede disponer porque no es suyo, la tierra árabe.

Sin embargo, la oferta, en el plano diplomático, no es descabellada y ha conseguido su primera meta. Egipto hace ya meses dio el primer paso al entendimiento y obtuvo la liberación del Canal de Suez; Siria sólo consiguió recuperar las ruinas de una ciudad que en su tiempo se llamó Kuneitra.

Ahora bien, un acuerdo de tipo global, como el perseguido por Estados Unidos, Israel y también, en cierta manera, por la Unión Soviética, no puede descartar al principal protagonista del hecho colonial-imperialista que hoy supone la existencia del Estado de Israel en Oriente Medio. Nos referimos al pueblo palestino. A un pueblo de refugiados, lanzado a la desesperación desde 1948 y que ha conseguido con el tiempo una clara conciencia política de sus metas nacionales, difícilmente se le puede incluir en una negociación que no tenga en cuenta sus problemas nacionales.

Y, ciertamente, los palestinos no han sido olvidados. Máximo, cuando desde la Conferencia de Rabat de octubre hasta las Re-

soluciones de la Asamblea General de la ONU, de noviembre del mismo año, han conquistado su reconocimiento como pueblo que lucha por el ejercicio de su derecho de autodeterminación. La técnica, en este supuesto, también ha sido la de la división, pero utilizando medios más sutiles. Hace un par de años fue el famoso Plan Rogers; ahora, el actual secretario del Departamento de Estado ha desempolvado el proyecto inicial y lo ha puesto sobre la mesa de negociaciones en sus viajes entre Tel Aviv y El Cairo. Se trata, como es sabido, de la creación de un Estado palestino que se aposentaría, fraccionadamente, en Cisjordania y en la Banda de Gaza. Un Estado sin recursos económicos propios, desmilitarizado y que serviría de colchón entre Israel y los demás Estados árabes fronterizos.

A cambio de este «regalo envenenado», los palestinos tendrían que comprometerse a renunciar definitivamente a recuperar su patria entera. Durante algunos meses, la oferta fue considerada y no friamente por la Organización de Liberación de Palestina. La respuesta, por ahora, ha sido que el pueblo palestino instalará su autoridad nacional en toda porción del suelo palestino que sea arrancado al imperialismo israelí; pero que esta ocupación nunca supondrá una renuncia definitiva a la meta final: la constitución de un Estado libre y democrático, también laico, en todo el territorio palestino; es decir, la transformación absoluta del Estado de Israel en una comunidad radicalmente distinta de la actual.

En este contexto hay que emplazar los sucesos acaecidos en el Hotel Savoy de Tel Aviv. Lo primero era demostrar que si los israelíes pueden atacar impunemente a cualquier Estado árabe de la zona, Israel ha dejado ya de ser una tierra segura para los mismos ciudadanos judíos. El poder palestino no es un simple exceso verbalista; es la expresión de un he-

cho real: la lucha de un pueblo por la construcción de su identidad nacional.

EN segundo lugar, es una triple advertencia. Primero, frente al negociador norteamericano Kissinger. Un recordarle que en el diálogo tiene que parlamentar con los interlocutores válidos; y, en este supuesto, los únicos legítimos para hablar de Palestina son los propios palestinos, por boca de su organización reconocida ya diplomáticamente en el marco de las Naciones Unidas, la Organización de Liberación de Palestina. En segundo lugar, contra Israel, el cual no obtendrá la paz hasta que transforme, de grado o por fuerza, sus actuales estructuras imperialistas. Y también, por último, es una advertencia a los Estados árabes que participan en las negociaciones particulares de Kissinger y en la ronda de negociaciones de Ginebra; muy concretamente a Jordania, para que no usurpe un puesto en la mesa negociadora que no le pertenece, y también a Egipto. La liberación de parte del Sinaí nunca podrá traducirse en un desistimiento por parte de los palestinos.

En esta fase concreta, parte de los objetivos han sido logrados. Israel recuerda nuevamente quiénes son sus enemigos reales. Egipto ha quedado en una posición desairada al descubrirse aún más su juego y su doblegamiento al mandato norteamericano. Siria ha respondido inmediatamente anunciando sus deseos de poner sus fuerzas, juntamente con las palestinas, bajo un mando unificado; y afirmando que, en el futuro, no habrá inconvenientes para la fusión de los dos pueblos, sirio y palestino. Es una vuelta a los orígenes: al sueño árabe de la Gran Siria. En consecuencia, el Hotel Savoy de Tel Aviv es la constatación de que el pueblo palestino sigue en pie de guerra. ■